

Controvertidas declaraciones de Calderón Sol en París

A lo largo de la segunda semana de noviembre, el presidente Armando Calderón Sol realizó una visita de tres días a Francia para participar en la celebración del cincuenta aniversario de la UNESCO. El presidente aprovechó la ocasión para entrevistarse con su homólogo francés, Jacques Chirac y con otras altas personalidades del gabinete francés. En el plano económico, la visita produjo algunos resultados de relativa consideración. En primer lugar, el gobierno francés habría garantizado el incremento del intercambio comercial entre ambas naciones, en condiciones preferenciales para El Salvador. Asimismo, Francia habría reconfirmado su apoyo financiero a los programas de reconstrucción nacional, a la asistencia técnica para fortalecer las nuevas instituciones y a la Policía Nacional Civil. Finalmente, el presidente Calderón habría conseguido la participación francesa en el ambicioso proyecto para construir un sistema moderno de transporte colectivo en San Salvador, impulsado por la alcaldía capitalina.

En el plano político, en cambio, los "éxitos" de la gira presidencial no lograron ir más allá de la rutina establecido en esta clase de viajes. Calderón fue uno de los catorce mandatarios que asistieron al quincuagésimo aniversario de la UNESCO. Su intervención en el foro de la ciencia y la cultura de Naciones Unidas no pasó del discurso protocolario. No hubo originalidad ni un aporte realmente importante. El redactor del discurso produjo un texto promedio, más o menos retórico; sin conte-

nido sustancial y limitado a los lugares sabidos y comunes. En suma, pues, no puede decirse que el presidente haya hecho un aporte extraordinario a los esfuerzos por promover la cultura de UNESCO ni tampoco obtuvo nuevos y mayores reconocimientos para el proceso de pacificación y democratización del país.

Ha sido, después de todo, en el plano de la política doméstica donde el viaje del presidente produjo sus verdaderos resultados. Las declaraciones, a todas luces espontáneas por su transparencia, dadas por Calderón Sol a una agencia de noticias francesa (*AFP*), en el transcurso de la mencionada visita, ocasionaron una singular y significativa tormenta en el interior de la nueva "clase política" nacional.

En sus declaraciones, el presidente aborda tres puntos relevantes de la dinámica política del país. Ello, claro está, desde una valoración presidencial muy personal. El primer punto se refiere al significado y alcance del controvertido pacto de San Andrés, suscrito por el gobierno y el Partido Demócrata a mediados de año. El segundo punto se refiere a la "subordinación" formal de los militares al poder civil. Y, el último, a la existencia de amplios espacios para la tolerancia y la convivencia para los actores políticos de signos contrapuestos -sin duda, una de las características más notables del ordenamiento democrático salvadoreño. Este punto fue tratado anecdóticamente.

De estos puntos, el más desconcertante fue el

referente al pacto de San Andrés. Aquí, las declaraciones del presidente Calderón causaron incredulidad en algunos y revuelo en otros. Las razones para ello son bastante obvias. Calderón admitió tácitamente que, a pesar de sus pretensiones de largo alcance, el pacto de San Andrés fue un acuerdo coyuntural, posible por el pragmatismo extremo de una escisión moderada de la izquierda y por la improvisación de un gobierno desgastado por la ineficiencia. El así llamado pacto, al no representar un conjunto amplio de expectativas, necesidades y demandas sociales, es frágil. Según el cable de la prensa, el presidente Calderón declaró que "con el apoyo político de esos diputados de la fracción de Villalobos, logré sacar adelante el decreto para nuevos impuestos y mi proyecto económico. Yo, por mi parte, le ayudé, dándole un poco de respetabilidad, a quitarse esa imagen de terrorista que tenía".

Según Calderón, las relaciones entre los militares y civiles son "nuevas", puesto que "los militares, antes todopoderosos en El Salvador", están subordinados de forma inequívoca al poder ejecutivo. "Dejémoslo bien claro" —habría dicho enfáticamente el presidente en la sede de la embajada de El Salvador en Francia—, "allí el único comandante soy yo, y si a un militar no le gusta, pues se tiene que aguantar o se va". Para Calderón, en efecto, "en el mundo entero se sabe que el poder político está en manos del poder civil en El Salvador y que la democracia salvadoreña se vive a plenitud".

Los militares no comentaron en público estas declaraciones, pero es indudable que no las recibieron bien. Las razones de la incomodidad y del malestar de los militares son también bastante obvias. Los militares enfrentan una aguda crisis de legitimidad que cuestiona radicalmente las razones que justifican su misión y su rol en la sociedad y, por lo tanto, su misma existencia. Las condiciones de la postguerra fría son adversas a la existencia de los ejércitos, ciertamente, a la de los ejércitos tradicionales a los cuales estamos tan acostumbrados (ver "El incierto futuro de las fuerzas armadas", *ECA*, 1995, 564, pp. 921-938).

No obstante los cambios generados a raíz de la

transición de postguerra, el ejército aún posee un elevado nivel de autonomía, el cual limita de manera considerable el supuesto control del poder ejecutivo. En otras palabras, los militares aún controlan parcelas importantes de poder político y tienen a su disposición una porción relevante del presupuesto nacional. Desde esta perspectiva, las declaraciones del presidente Calderón son desafortunadas, aparte de inexactas. La subordinación militar al poder civil es aún una tarea inconclusa y problemática en El Salvador. Más aún, probablemente ningún presidente latinoamericano puede afirmar con verdad que él es el comandante del ejército. Declaraciones tan provocadoras como las de Calderón no ayudan a la desmilitarización efectiva de la sociedad y del Estado.

Asimismo, el presidente aseguró que "algunas gentes me critican porque converso con Shafick Handal o con Joaquín Villalobos. Dicen que ando con los comunistas, pero el partido ARENA me respalda, está muy unido en torno a la idea del cambio y a nuestro programa económico". Es más, de acuerdo a Calderón "ahora, por ejemplo, con el líder del FMLN, Shafick Handal, somos cheros (amigos). Viene a verme, conversamos, cuando antes jamás había sucedido. Más bien habríamos tratado de liquidarnos. Claro que divergimos, pero yo lo respeto; aunque le digo: Shafick, andás tirando piedras desde los catorce años; después, balas. Ya no, ya estuvo, no hay que ser tan dogmático".

Las reacciones oficiales a estas declaraciones fueron contradictorias. La oficina de información de la presidencia negó la veracidad de las declaraciones. El jefe de la fracción de ARENA en la asamblea legislativa, Juan Duch, aseguró, por su parte, que las declaraciones de Calderón habían sido "tergiversadas". Sin embargo, al regresar al país, el presidente confirmó la veracidad de las declaraciones, explicando que algunas de ellas habían sido sacadas de contexto.

Por lo que toca al Partido Demócrata, uno de los actores políticos aludidos, el diputado Elí Abileo Díaz consideró las declaraciones "irresponsables y (acusó al presidente) de estar actuando de mala fe". En cambio, el jefe de la fracción parlamentaria de ese mismo partido, Juan Ramón

Medrano, reafirmó el sentido de las declaraciones del presidente al expresar: "es cierto. Lo sacamos del apuro al haber votado por el IVA porque tenía una situación de crisis de presupuesto nacional. Pero en eso cobramos una factura: el pacto de San Andrés, que implica una lucha contra la corrupción, modernización del Estado en inversión en el área social".

De esta manera, la dirigencia del Partido Demócrata no sólo confirmó las palabras del presidente Calderón en París, sino que, además, hizo alarde del pacto de San Andrés. Para ella, haber ayudado al partido gobernante a aprobar un proyecto de ley estancado es un ejemplo del buen quehacer político. Obviamente, es normal que los partidos políticos pacten para conseguir la aprobación de proyectos de ley que les interesan de manera particular. Esta es una práctica corriente en la democracia.

Lo que llama la atención es que el Partido Demócrata necesite recurrir a ARENA para que éste le lave la imagen de terrorista y secuestrador. ¿Qué solvencia moral y política tiene ARENA para limpiar un pasado de terror y secuestros? Aparte de una cuota de poder, ¿qué respetabilidad puede otorgar ARENA a un partido que se proclama demócrata? ¿Están tan escasos de recursos políticos y sociales los demócratas de este partido que se ven obligados a recurrir a ARENA para que los auxilie o será que consideran afines los métodos y la ideología de este partido? Sin duda, existen medios mucho más eficaces para acomodarse a



las realidades generadas por la transición de post-guerra. En cualquier caso, ARENA monopoliza el poder del Estado, pero no es un ejemplo de democracia ni las condiciones de vida de la mayoría de los salvadoreños son su prioridad.

A. S.